



BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO

BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – ENERO - MARZO 2004 – (AÑO 42)

FATIMA Y LA MODERNIDAD

Profecía y escatología

El actual Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, Cardenal José Saraiva Martins, ocupaba anteriormente el cargo de rector magnífica de la Universidad Pontificia Urbaniana la cual, según la tradición académica, quiso conmemorar el LXX aniversario de esta “prestigiosa figura de hombre de estudio y de Iglesia”.

Famosos estudiosos, provenientes de varias partes del mundo y de diversas instituciones universitarias fueron invitados a retomar y a profundizar los temas a los cuales el Sr. Cardenal Saraiva Martins más se dedicó, reuniéndolos en un libro titulado *Veritas in Caritate*.

Entre esos estudios presentamos (en este y en próximos números) el del Sr. D. Antonio dos Santos Marto, obispo auxiliar de Braga.

“El rayo y el trueno necesitan tiempo, la luz de los astros necesita tiempo, las acciones necesitan tiempo para poder ser vistas y oídas” (Nietzsche).

Esta frase de Nietzsche, apesar de referirse a un contexto diferente, se puede bien aplicar al mensaje de las apariciones de Nuestra Señora en Fátima en 1917. Sólo distanciándonos en el tiempo, al comienzo de un nuevo siglo, somos capaces de captar toda su grandeza, profundidad y relevancia.

Un historiador inglés, G. J. Hobsbawn, define el siglo XX como “siglo breve”: lo hace comenzar en 1914 con la primera guerra mundial y acabar en 1989 con la caída del

muro de Berlín. Precisamente este período de tiempo es abarcado de modo especial en el mensaje de Fátima.

Las apariciones sacan su significado particular del momento histórico, social, político, cultural y religioso al cual dirigen su interpelación y que buscan iluminar con su mensaje. Según la doctrina de San Juan de la Cruz las apariciones son la envoltura del mensaje. La primacía corresponde al mensaje de amor. La Iglesia las considera “revelaciones privadas” que no pueden ser comparadas a la Revelación consignada en la Sagrada Escritura. Su objetivo no es fundamentar la fe sino servirla. No añaden nada a la única revelación, pero pueden ser una humilde llamada. Constituyen señales sensibles mediante las cuales Dios se comunica



Después de una larga preparación de diez años, el famoso pintor ruso Ilja Glasunow presentó en una exposición en Moscú, una tela de 6 m x 3 m denominada “El misterio del siglo XX” donde muestra los problemas de la civilización cristiana de ese siglo emocionante y catastrófico.

El cuadro es una composición donde se reconocen figuras y lugares famosos, tales como Tolstoi, el Zar Nicolás II, Lenin, Hitler, Mussolini, Churchill, Roosvelt, Einstein, Stalin, Kennedy, los Beatles, Solschenizyne, Mao, una mujer desnuda, la Puerta de Brandeburgo, la seta de la bomba atómica, un feto enorme y, por encima de todo, recortado iluminado, Cristo resucitado. La comisión de arte rusa, todavía comunista, quiso retirar el cuadro de la exposición pero Glasunow declaró: “Esta pintura representa mi filosofía. Sin este cuadro mi exposición sería como un cuerpo sin alma”.

según la capacidad de aquel que la recibe. Su papel puede aproximarse al de los iconos que, según la teología oriental, son una “verdadera objetivación, inspirada por el Espíritu Santo (...) generadora y portadora de presencia”. Pertenecen al orden del carisma, esto es, son un don de Dios a un miembro del cuerpo de Cristo para bien de todo el cuerpo. Como todos los carismas de carácter excepcional, no deben ser buscadas sino acogidas, en acción de gracias, con discernimiento y prudencia.

En expresión de K. Rahner, una revelación privada no representa una innovación, esto es, una nueva interpretación de las realidades de la fe; es antes la revelación de un imperativo evangélico en una determinada situación histórica de la Iglesia y del mundo, a realizar con urgencia en un preciso momento requerido por la propia situación histórica y de acuerdo con los principios generales de la revelación oficial y de la fe eclesial.

Por eso la revelación privada es una actualización epocal, una aplicación histórica de la revelación fundadora en una determinada época, a modo de insertarla en las conciencias y en la cultura como gracia, promesa, existencia y juicio, de modo que los oyentes y los destinatarios se confronten con un llamamiento directo de Dios que invita a la obediencia de la fe.

Las apariciones son una señal de Dios para nuestra generación. Y María aparece como la sierva del Señor, disponible al servicio de la Iglesia en el mundo. Las apariciones quieren además preparar la Iglesia para el futuro, a veces con tonos apocalípticos.

Considero necesario hacer este preámbulo a manera de introducción porque relativamente a las apariciones, se constata con frecuencia una curiosidad a veces enfermiza que corre el riesgo de fijarse en detalles periféricos sin captar lo fundamental.

Las apariciones y la consiguiente revelación no pueden hacer olvidar la dramática situación histórica en la cual la comunidad cristiana está injertada. Por eso sólo en la medida en que las apariciones se colocan en una relación con la historia cotidiana y con las grandes provocaciones que parten de la humanidad, se puede pensar que estamos delante de un mensaje que es dado para provocar la fe, que se ha vuelto oscura e indiferente.

Una reflexión teológica a este propósito no podrá dispensar un análisis atento al contexto socio cultural en que las apariciones acontecen, por ejemplo, las condiciones peculiares que la Iglesia vive en un determinado momento.

1. En el horizonte de la Modernidad

Es bien evidente como el mensaje de Fátima se refiere a la nueva era de los tiempos modernos con particular incidencia en la época de los dos grandes conflictos que marcan la historia del siglo XX, con todo el contexto en que estos se insertan y con todo aquello de que son expresión.

La primera y la segunda guerra mundiales constituyen como un prisma del mal en ese siglo donde varios ángulos se reflejan y se pueden observar las principales facetas del mal y de sus efectos perversos.

– la novedad trágica de la forma política totalitaria, en las versiones del estalinismo y del nazismo, típica del siglo XX.

– el recurso a la mentira sistemática para fabricar una verdad y (re) escribir la historia.

– un programa de negación de Dios y de su expulsión de la vida pública y de las propias conciencias a través de un ateísmo y un laicismo militantes.

– la aniquilación y la muerte del ser humano y el desprecio total de la dignidad de la persona, en la expresividad numérica de decenas de millones de víctimas, en nombre de la pureza radical de la ideología, de la revolución o de la raza, elevadas a categoría de nuevas divinidades.

– la novedad de aquella que vendría ser llamada la “guerra total” que infringiendo los códigos tradicionalmente aceptados, daba vía libre a la liquidación de los civiles e inocentes, usando todos los instrumentos científico-técnicos más modernos. Esto representa llevar hasta su extremo el poder arbitrario que no conoce límites, cualquier límite.

– el fenómeno colectivo de odio y de violencia que se apoderó de personas y de pueblos.

En una lectura teológica de las señales de los tiempos, la guerra mundial y la guerra total representan (esto es, se hacen presentes) un concentrado del mal, un símbolo real de la *mundialización del pecado* experimentada por primera vez en su monstruosidad, en su horror y terror a nivel planetario. Ponen en evidencia tanto las *formas del mal organizado* como está trágicamente lleno el siglo, como la *aceptación de la normalidad y de la banalidad del mal*, ahora racionalmente justificado y legitimado, científica y técnicamente programado y ejecutado.

En la distancia de tiempo nos aparece hoy con más claridad la metamorfosis, la rotura y la degeneración de la modernidad y de sus éxitos potencialmente destructores.

La novedad de los tiempos modernos no consiste propiamente en el hecho del hombre haber decidido usar libre y públicamente la razón, según el lema de Kant. Este lema pone sus raíces en el cristianismo, en la convicción de que el hombre es creado a imagen de Dios, capaz de conocimiento creador.

El que marca la rotura epocal es el hecho de que la modernidad se presenta como un proyecto ambicioso de salvación del hombre por el hombre, que tuvo su expresión extrema en el siglo XIX con “los maestros de la sospecha” y su mensaje, de que fue heredero mayor el marxismo: es preciso que Dios muera para que el hombre viva. El siglo XIX dejó en la conciencia general, como herencia, esta llaga abierta que entró por el siglo XX, el rencor contra Dios como enemigo del hombre, que ha venido a redundar en la propia muerte del hombre.

Sintetizando con palabras de Juan Pablo II: “Este mensaje (esto es, el mensaje de Fátima) se destina de modo particular a los hombres de nuestro siglo, marcado por las guerras, por el odio, por la violación de los derechos fundamentales del hombre, por el enorme sufrimiento de hombres y naciones y por fin, por la lucha contra Dios hasta la negación de su existencia”.

El mensaje de Fátima contempla con lucidez y amargura esta tumultuosa y dramática vicisitud histórica. Después de las Escrituras es tal vez la denuncia más fuerte e impresionante del pecado del mundo que convida toda la Iglesia y el mundo a un examen de conciencia serio. Sólo quien tiene sentido fuerte de la dignidad del hombre delante de Dios, de

su destino eterno, puede comprender cuan grande es la tragedia del pecado y como la pérdida del sentido del pecado es, en lo más profundo, la pérdida del sentido de todo aquello que es verdaderamente humano. “Con la eliminación de Dios de las conciencias es el propio hombre que entra en peligro. En el final del siglo está en juego el riesgo no sólo de la existencia de Dios sino también la dignidad del hombre”.

Ante esta situación de la humanidad herida, el mensaje de Fátima es portavoz del clamor de las víctimas y se vuelve una invitación a leer la historia a partir de las víctimas, a detenerse ante el misterio del hombre delante del misterio de Dios. Responde de modo veemente a la antigua y siempre actual interpelación del Génesis: “Adán, ¿dónde estás?” (3,9) - esto es: ¿dónde está el hombre? ¿Dónde está el hombre en el universo concentracionario de Auschwitz o del gulag soviético?. “¿Cómo se puede confiar en el hombre o inclusive como se puede creer en la humanidad –¡qué palabra sonora a este respecto!– si en Auschwitz se hubo experimentado aquello de lo que el hombre es terriblemente capaz?”. ¿El cinismo de los opresores modernos no es por ventura expresión de la *impiedad* del mundo moderno y de su horripilante desprecio y abandono de Dios?. ¿Quién salvará al hombre del propio hombre?

(continuará)

LAS APARICIONES DEL ANGEL

El único Mensaje fué anunciado por Jesucristo, y lo tenemos recogido en los Evangelios y en las enseñanzas de la Iglesia. Pero la desidia de los hombres tiene tendencia a olvidarse del alcance de ese Mensaje.

Es precisamente cuando Dios, llevado de su amor hacia los hombres, trata de recordarles aquellos aspectos, tal vez despreciados o en peligro en medio de una mentalidad peligrosa. Unas veces es Dios quien interviene en persona para dar a conocer a los hombres estos Mensajes, digamos, parciales. Es el caso, por ejemplo, de las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarida María. Otras veces, más frecuentes por cierto, deja venir a su Madre, por decirlo así.

Lo que tal vez sea único en los anales de la Iglesia, es que Nuestra Señora haya enviado un Angel para iniciar una preparación en los niños que después Ella había de completar de tal manera que los acontecimientos de Fátima contasen con un preámbulo colocando a los protagonistas en un ‘clima’ saturado de lo sobrenatural, y de donde se deducían las coordenadas de todo lo que habría de constituir el transcendental Mensaje: Dios ofendido – necesidad de reparación – mudanza de vida.

Transcribimos las palabras exactas de Lucía sobre las tres apariciones del Angel, estando presentes solamente ella con sus dos primos, Francisco y Jacinta.

«Estas fechas no puedo precisarlas con certeza, porque, en esa época, no sabía contar los años, ni los meses, ni los mismos días de la semana. Me parece, no obstante, que debía ser en la primavera de 1916 cuando el Ángel se nos apareció por primera vez en nuestra roca del Cabezo. ...Subimos la ladera en busca de un abrigo, y fue, después de merendar y rezar allí, que empezamos viendo a cierta distancia, sobre los árboles que se extendían en dirección al naciente, una luz más blanca que la nieve, con la forma de un joven, transpa-

rente, más brillante que un cristal atravesado por los rayos de sol. A medida que se aproximaba íbamos distinguiéndole las facciones. Estábamos sorprendidos y medio absortos. No decíamos ni palabra.

Al llegar junto a nosotros, dijo:

– ¡No temáis! Yo soy el Ángel de la Paz. Orad conmigo.

Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo. Transportados por un movimiento sobrenatural, le imitamos y repetimos las palabras que le oímos pronunciar:

– Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.

Después de repetir esto por tres veces, se levantó y dijo:

– ¡Orad así! Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Y desapareció.

La atmósfera sobrenatural que nos envolvía era tan intensa, que casi no nos dábamos cuenta de nuestra propia existencia, por un largo espacio de tiempo, permaneciendo en la posición que nos había dejado, repitiendo siempre la misma oración. La presencia de Dios se sentía tan intensa e íntima, que ni entre nosotros mismos nos atrevíamos a hablar.»

Cada una de las palabras del Angel, y hasta de la misma narración de Lucía, merecían un buen comentario y darían lugar a una meditación provechosa.

«La segunda debió de ser en el medio del verano, en esos días de mayor calor, en que íbamos con el rebaño para casa, a media mañana, para volver a llevarlo ya a media tarde.

Fuimos, pues, a pasar las horas de la siesta a la sombra de los árboles que rodeaban el pozo, ya varias veces mencionado. De repente, vimos al mismo Ángel junto a nosotros.

– ¿Qué hacéis? ¡Orad! ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo plegarias y sacrificios.

– ¿Cómo nos hemos de mortificar? – pregunté.

– De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe.

Estas palabras del Ángel se grabaron en nuestra alma, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cómo éste le era agradable; cómo por atención a él convertía a los pecadores. Por eso desde ese momento comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin pararnos a buscar otras mortificaciones o penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el Angel nos había enseñado.»

«La tercera aparición me parece debió de ser en octubre o a finales de septiembre, porque ya no íbamos a pasar las horas de la siesta a casa... pasamos de la Pregueira (es un pequeño olivar que pertenece a mis padres), a la Roca, dando la vuelta a la ladera del monte por el lado de Aljustrel y Casa Velha. Rezamos allí nuestro Rosario y la oración que en la primera aparición nos había enseñado. Estando, pues allí se nos apareció por tercera vez, portando en la mano un Cáliz y

sobre él una Hostia, de la cual caían dentro del Cáliz, algunas gotas de sangre. Dejando el Cáliz y la Hostia suspensos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración:

– Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después, levantándose, tomó en la mano el Cáliz y Hostia, y me dio la Hostia a mí; y lo que contenía el Cáliz, lo dio a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo:

– Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros, tres veces más, la misma oración:

– Santísima Trinidad... etc.

Y desapareció.

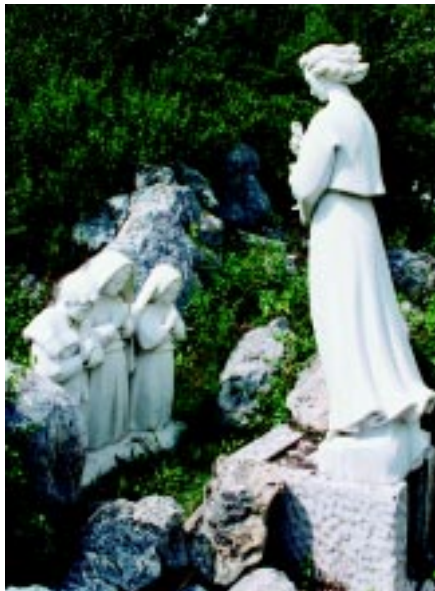
Transportados por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía, imitábamos al Ángel en todo; es decir, postrándonos como él y repitiendo las oraciones que él decía. La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa, que nos absorbía y anadaba casi del todo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En aquellos días, hacíamos las acciones materiales como transportados por ese mismo ser sobrenatural que a eso nos impulsaba. La paz y la felicidad que sentíamos, era inmensa; pero sólo interior, completamente concentrada el alma en Dios. El abatimiento físico que nos postraba, también era grande.»

He aquí, con la simplicidad fiel de la narradora y protagonista, relatada una de las escenas más extraordinarias de toda la historia humana en sus relaciones con lo sobrenatural. Tanto las palabras proferidas, como el escenario y los mismos gestos, acusan densidad doctrinal y profundo significado, que dejamos para el estudio de los entendidos con vistas a conclusiones y aplicaciones prácticas.»

Nos limitaremos a reproducir unas palabras que Lucía cuenta en otro lugar refiriéndose a la misma aparición.

«En la tercera Aparición, la presencia de lo sobrenatural fue todavía mucho más intensa. En muchos días, Francisco ni siquiera se atrevía a hablar. Decía después:

– Me alegra mucho ver el Ángel; pero lo malo es que después no somos capaces de nada. Yo ni andar podía. No sé lo que tenía.



Loca do Cabeço donde el Ángel se apareció dos veces a los Pastorcitos.

A pesar de todo fue él quien se dio cuenta, una vez pasada la tercera Aparición del Ángel, de lo próxima que estaba la noche. El fue quien nos lo advirtió y quien pensó en conducir el rebaño a casa.

Pasados los primeros días, y recuperado el estado normal, Francisco preguntó:

– El Ángel, a ti te dio la Sagrada Comunión; pero a mí y a Jacinta, ¿qué fue lo que nos dio?

– Fue también la Sagrada Comunión – respondió Jacinta con una felicidad indecible. ¿No ves que era la Sangre que caía de la Hostia?

– ¡Yo sentía que Dios estaba en mí, mas no sabía como era!

Y arrodillándose permaneció por largo tiempo, con su hermana, repitiendo la oración del Ángel: Santísima Trinidad...»

Tengamos coraje

para recorrer el camino de los Pastorcitos

La santidad humana consiste en la participación de la santidad de Dios. Por eso Jesús dice: Sed santos como vuestro Padre del Cielo es santo”. La participación en la santidad de Dios es alcanzada por la gracia santificante.

La santidad en el hombre se manifiesta en primer lugar por el amor a Dios, que se revela en dos aspectos: evitar el pecado y practicar la virtud.

Para actuar por amor a Dios es necesaria la fuerza sobrenatural.

Por el bautismo los Pastorcitos recibieron la gracia santificante. Debido a su tierna edad no tuvieron ni pasiones ni formas de pruebas especiales, ni necesitaron por eso esfuerzo para vencerlas. ¿Cómo pudieron entonces mostrar y practicar su vida sobrenatural? Por las numerosas ocasiones y posibilidades de hacer sacrificios que ofrecieron en reparación por las ofensas a Dios y al Corazón Inmaculado de María y, además de eso, las oraciones –en especial el rosario– aceptando la invitación del Ángel y de la Santísima Virgen.

Por la oración del Ángel: “Dios mío, yo creo, adoro, espero y Os amo...” los Pastorcitos practicaron las virtudes divinas y el más bello amor para con el prójimo al pedir perdón para los que no creen, no adoran, no esperan y no aman a Dios. Así vivieron su amor a Dios y a los hombres y así alcanzaron la gloria de la santidad.

Cuando nos sentimos verdaderamente pobres para entrar en la presencia de Dios y sin nada para ofrecerle, tengamos coraje de recorrer el camino de santidad de los Pastorcitos, amando a Dios, adorándole, cantando su alabanza y presentando nuestros sacrificios como reparación por los pecados de la humanidad, según el ejemplo de los Beatos Francisco y Jacinta.